

editorial

Eso de la laicidad y la escuela cristiana

La historia de la presencia de la Iglesia en la escuela podría muy bien estar a punto de dar un giro tremendo en nuestros días.

Todo depende de nuestro atrevimiento en la comprensión del término «laico».

* * *

En términos generales, esta historia comprende dos períodos: el anterior y el posterior a los siglos XVI y XVII.

Por limitarnos a los límites de un editorial, no diremos nada sobre el período anterior a estas fechas. Fue un período marcado por las escuelas monásticas y el nacimiento de las Universidades, por un lado, y por la presencia de otros testigos de lo cristiano en fórmulas menos fijas, más itinerantes y tal vez caducas, por otro lado. No diremos nada a propósito de estas últimas manifestaciones, a pesar de lo enormemente significativas que son respecto de nuestro tema: ellas marcaron los inicios de una verdadera teología del laicado, y del laicado en la escuela cristiana.

Recogieron su semilla, sin embargo, quienes a partir de los años del barroco fueron cada vez más conscientes del papel que lo cristiano debió representar en el mundo de lo escolar. Baste recordar que no fueron las formas clericales quienes encarnaron más decisivamente lo cristiano en el mundo de la educación de las clases populares.

El siglo XIX supuso la consagración o el reconocimiento definitivos para estas formas de vivir lo cristiano en el mundo escolar. Fueron los tiempos de la mayor creatividad en las congregaciones religiosas docentes y de su gran servicio al desarrollo de Occidente.

Esa misma consagración, sin embargo, produjo a principios del siglo XX lo que hoy podemos considerar una tremenda pérdida desde el punto de vista de la teología del laicado. El Código de Derecho Canónico no entendió —tal

vez no podía entenderlo— el carácter intermedio de los religiosos educadores entre las congregaciones clericales y el mundo cristiano de a pie.

No lo entendió y zanjó el pleito jurídico identificando a los educadores con el mundo de la clero.

A lo largo de otros sesenta años esta falta de comprensión no llegó a hacerse evidente o incluso dramática. Se necesitó todo ese tiempo para llegar a percibir que la vocación a la docencia —incluso sancionada en forma de consagración religiosa— no es una forma de vida monástica en medio del mundo.

Cuando la Iglesia fue encontrándose en medio de una secularización que le costó mucho comprender, se vio en la tremenda necesidad de reinventar algo ya muy viejo: la teología del laicado, del seglar. Lo dramático de esta situación consistió en la pérdida de un enorme número de vocaciones religiosas docentes que carecían de «defensas», hablando clínicamente, justo ante lo que les había dado origen: la realidad secular.

* * *

Hoy en día, en consecuencia, la Iglesia vive en la tremenda perplejidad de distinguir entre clérigos y laicos en la escuela: por un lado, los sacerdotes y los religiosos; por otro, los maestros seculares. Ahí está, bien fresco, el Documento de la Sagrada Congregación para la Educación Católica sobre «El Laico Católico, testigo de la fe en la escuela».

Lo dramático de esta perplejidad está justamente en que si tal laicidad no se amplía incluyendo en ella a los religiosos educadores, tal laicidad no pasará de suave emplasto, de componenda circunstancial.

Si no se incluye en el laicado docente al mundo de los llamados religiosos educadores, se corre el riesgo de no entender el carácter laical o secular de lo cristiano. Y se corre ese riesgo porque la llamada al laico puede quedarse en grito de auxilio para tiempos duros, sin llegar a caer en la cuenta de que la escuela cristiana, en su laicidad, está gritando el carácter secular del cristianismo.

Síntoma de que las cosas no se queden ahí será el que nuestra Jerarquía, cuanto antes, se atreva a empujar a los religiosos educadores a vivir más secularmente su vocación, ayudándoles a sacudirse de encima ese aire clerical con el que no nacieron y que una época de agresividad religiosa y de falso intimismo cristiano les puso encima.

En los tiempos que nos toca vivir, cuando la Iglesia jerárquica ha percibido que el futuro del cristianismo se juega en buena parte en el diálogo fe-cultura que es tarea específica de la escuela, flaco servicio nos harán los nuevos apóstoles del clericalismo.

Porque es un nuevo clericalismo el cobijar paternalmente, el proteger sin estimular, el coordinar sin escuchar.

Si documentos como el aludido nos ayudan a percibir todo el alcance de la laicidad escolar, la historia de la presencia de la Iglesia en lo escolar podría muy bien estar a punto de dar un giro tremendo.